



Grete Mostny
1914-1991



Breve Biografía de la Dra. Grete Mostny

Museo Nacional de Historia Natural

Registro Propiedad Intelectual Inscripción N° 176.353



En el Museo Nacional de Historia Natural, en la Quinta Normal, a donde entró a trabajar poco después de pisar suelo chileno, todos, sin excepción, la llamaban Doctora. Le manifestaban así su respeto, aun cuando entre pasillos se referían a ella de un modo más informal como La Gringa, por razones más o menos obvias: su facha inocultablemente europea, su condición de mujer nacida en Linz, Austria, a orillas del Danubio, y fundamentalmente ese acento extranjero que nunca abandonó por completo hasta el día de su muerte, el 15 de diciembre de 1991.

Grete Mostny Glaser llegó en barco a Chile en 1939 desde Europa, junto a su madre, siguiendo la ruta trazada por su único hermano, Kurt, cuatro años menor que ella, que ya estaba instalado aquí hacía unos meses gracias a los buenos oficios de una amiga chilena que vivía en Linz y que le consiguió visa para entrar a este país. Los Mostny venían escapando de la persecución nazi a los judíos y de la inminente Segunda Guerra Mundial. Grete había nacido el 14 de septiembre de 1914 y cuando entró a Chile estaba próxima a cumplir 25 años de edad.

Era una mujer no muy alta, atractiva, de tez bien blanca, dueña de una sonrisa fácil, una nariz pronunciada y unos ojos vivos y claros que no dejaban de mostrar asombro por lo que la rodeaba.

A Grete no le costó nada conquistar en Chile un sitio como arqueóloga de excepción. Desde entonces jamás dejó de vivir en nuestro país, y tiempo después, en 1946, adquirió la carta de nacionalidad chilena.



Estudió Egiptología, Africanística y Prehistoria en la Universidad de Viena, a ciento ochenta kilómetros de Linz, para luego ir a perfeccionarse a la Universidad de Bruselas, donde hizo un doctorado en Filología e Historia Oriental con mención en Antiguo Oriente. Un detalle: el 15 de marzo de 1938 iba a ser la ceremonia de titulación de su primer doctorado en Viena, pero dos días antes Hitler anexó Austria a Alemania y los judíos tuvieron que ocultarse.

Grete no pensaba dejar de estudiar. Después de sus doctorados en Viena y en Bruselas, continuó estudiando egiptología en El Cairo. Participó de excavaciones en Luxor, y a lo largo de su vida aprendió un gran número de lenguas muertas que le permitieron descifrar mensajes para otros intraducibles.

El mal ambiente que había en Europa con Hitler y la amenaza de una nueva guerra mundial la hizo emigrar, llevándola en barco a un puerto del fin del mundo: Valparaíso, a donde llegó en 1939. Para el Museo Nacional de Historia Natural, acoger a Grete Mostny entre sus filas fue un privilegio.



En 1977, cuando ya había dado prácticamente la vida entera al servicio de su vocación, fue nombrada Miembro Honorario de la Sociedad Chilena de Arqueología. La doctora agradeció el honor, y en su discurso profundizó con bellas palabras los fundamentos de su vocación humanista: “Varios factores influyeron en mi decisión de estudiar Arqueología.



Mi gran curiosidad por saberlo todo, lo que por supuesto no lo logré. El aspecto polifacético de la arqueología, que exige hoy el estudio en bibliotecas, mañana la destreza manual para restaurar un ceramio, otro día excavar en cementerios y ruinas, investigar y escribir en el silencio del gabinete de trabajo. Influyó también mi espíritu aventurero, que anhelaba viajar a lugares apartados, dormir en carpa, conocer gente diferente a mí. Pero ante todo me interesaba el Hombre: saber cómo ha vivido, seguir el despertar a través de innumerables milenios de lo que es divino en nosotros, la inteligencia; investigar cómo se transformó de un animal, entre muchos, que luchaba únicamente por su supervivencia, en este ser único creador de cultura”.

Las palabras de la doctora Mostny resuenan hasta hoy con fuerza.

Grete Mostny había entrado al museo en 1939 como ayudante de la sección de Antropología gracias a una gestión de Ricardo Latcham, entonces director del Museo Nacional de Historia Natural, pero a poco andar, en 1943, ya era jefa de la sección.



Cuando concluyó la Segunda Guerra Mundial, el gobierno austriaco le envió a Chile el título de su primer doctorado que no había alcanzado a recibir por culpa de Hitler, y le ofreció trabajo en la Universidad de Viena, pero ella declinó la oferta y prefirió quedarse en Chile, que entonces ya era su nuevo país.

En el momento en que completó diez años en el Museo Nacional de Historia Natural, a comienzos de los años 50, Grete Mostny vivía intensamente su profesión y su nombre se leía con frecuencia en los periódicos: viajaba a lo largo y ancho del territorio nacional formando parte de distintas excavaciones arqueológicas y dictando charlas. Quiani, La Lisera, San Miguel de Azapa, Punta Pichalo, Pisagua, Chiu-Chiu, Peine, Toconce, Río Loa Superior, Salar de San Martín, Guatacondo, Antofagasta, Ovalle, La Serena y Combarbalá en el norte supieron de su presencia activa en busca de tesoros arqueológicos a los cuales estudiar. Cementerios diaguitas, ruinas prehistóricas, momias, piezas de alfarería y petroglifos eran revisados con entusiasmo y lucidez para desentrañar los misterios de aquellas culturas que habían habitado nuestro territorio.

También el sur supo de ella. Muy difundida fue en 1946 la misión científica a la zona de los indios fueguinos, aborígenes de Tierra del Fuego. Hasta allá fue encabezando la expedición junto a una eminencia, el profesor Alejandro Lipschutz. 40 indios onas, 60 yaganes y 80 alacalufes eran entonces los últimos vestigios de las tribus que antiguamente habitaron más allá del Estrecho de Magallanes.



Nibaldo Bahamonde conoció a Grete Mostny en abril de 1950, el mismo día en que él entró a trabajar al Museo Nacional de Historia Natural como jefe del departamento de Hidrobiología. Tenían oficinas aledañas. “Grete era una mujer rubia y buenamoza con la que empezamos a conversar apenas nos conocimos. Nunca olvidaré la frase con que me recibió: Mira, Nibaldo: llevo diez años aquí en el museo y no he logrado demasiado. Pero hay que seguir bregando, porque estoy segura de que vendrán tiempos mejores”.



Grete había viajado hacía poco a Cusco, Perú, al Segundo Congreso Interamericano Indigenista, y ya destacaba como profesora de la Universidad de Chile en la Facultad de Filosofía y Educación, donde llegó a impartir cursos de Antropología Cultural, Prehistoria Americana y Prehistoria Chilena.

No podía estarse quieta. Siempre había algo por hacer. En mañanas de invierno, cuando el frío hacía estragos en el museo porque casi no había calefacción, Grete y los otros jefes de departamento buscaban tímidos rayos de luz y sol en donde instalarse a conversar sobre cómo mejorar el nivel del museo, sus muestras y lo que tuviera relación con la difusión científica de los hallazgos y las colecciones recibidas. Eran tiempos de escasez y pocos recursos. Prácticamente no había luz eléctrica en los halls de exposición, apenas una ampolleta cerca de una aleta de la ballena que ahora está en el hall central del Museo Nacional de Historia Natural, y la poca calefacción que había era gracias a una donación de estufas de parafina por parte de Rodolfo Amando Philippi, del departamento de Ornitología.

Tres grandes conceptos la animaban en su trabajo en el museo: la conservación, la investigación científica y la divulgación. A eso se abocaba ella, no perdía el norte. Primero que todo había que hacer mejores vitrinas, lograr que el público se detuviera en los mamíferos, las aves, las mariposas, los peces, las culebras, las plantas, los minerales, los fósiles, las momias y todos los otros objetos que daban vida en Quinta Normal al Museo Nacional de Historia Natural. Para eso servía viajar, conocer la experiencia de otros museos, e incluso tomar ideas hasta de las vitrinas del comercio santiaguino: “Mirábamos con envidia las vitrinas de la tienda Los Gobelinos, en la Plaza de Armas”, recuerda hoy Nibaldo Bahamonde.



En agosto de 1956, concretó finalmente la publicación del Noticiero Mensual del museo, al que definió como un nuevo vínculo entre el museo y sus visitantes: “Ojalá sirva de estímulo a los que se dedican en tiempos tan materialistas al cultivo de la ciencia”, fue lo que terminó diciendo en la primera editorial: “Cada sección tratará de presentar, una vez por mes, algún tema de interés, un articulito, amablemente escrito, sin que por esto sufra su rigor científico”.

Por supuesto, siempre fue difícil recolectar artículos de las diversas secciones del museo, y Nibaldo Bahamonde cuenta que no era extraño que la propia Grete terminara escribiendo varios de ellos para completar cada edición del Noticiero Mensual.

Su entusiasmo y energía fue a prueba de balas. Con un cigarrillo encendido en la mano y sus ojos vivos clavados en el futuro, la doctora participó activamente en 1959 en la creación de la Asociación de Museos Chilenos, que con el tiempo se convertiría en lo que después fue el Comité Chileno de Museos. Faltaba poco y méritos le sobaban para asumir la dirección del Museo Nacional de Historia Natural.

El hallazgo de la hoy famosa momia de un niño inca en el cerro El Plomo, en 1954, marcó un hito en la carrera arqueológica de Grete Mostny en Chile. Humberto Fuenzalida, entonces director del museo, lo narra así: “El 16 de febrero de ese año, Grete recibió en su oficina a un campesino, arriero en la cordillera, que le dijo: Señora, encontré en el cerro El Plomo a una momia indígena. La doctora Mostny se interesó vivamente por la noticia y pidió más antecedentes. El campesino mostró entonces una estatuilla de plata, vestida de tejidos evidentemente indígenas y tocada de plumas, característica de la cultura incásica”.



Grete quedó impresionada con el relato, y le rogó al hombre que esperaran el regreso a Santiago del director, para discutir la compra de la momia y de los objetos y adornos encontrados cerca de ella.

Un mes más tarde, aparecieron ahora en el museo tres campesinos, para coordinar la “vista” del niño del cerro El Plomo en terreno. La doctora Mostny fue a verlo el 18 de marzo a Puente Alto, a donde lo habían llevado los campesinos en mula desde el cerro El Plomo, y se hizo acompañar por Alberto Medina, antropólogo de la Universidad de Chile, para comentar con él el hallazgo.

Fue impactante ver el cuerpo del niño del cerro El Plomo. De vuelta de Puente Alto, ella le señaló a Humberto Fuenzalida que era necesario hacer cualquier sacrificio por adquirirlo, que se trataba de un tesoro de gran valor, y la compra no se hizo esperar ni un solo día más.

El niño del cerro El Plomo se conserva hasta hoy en el Museo Nacional de Historia Natural, en condiciones especiales; es la momia de un niño de sexo masculino que tenía ocho o nueve años de edad, y en su momento fue un hallazgo único en su género tanto en Chile como en América.

En su informe, la doctora Mostny escribió: “Nunca antes se había encontrado un cadáver congelado de un miembro del imperio incásico y tampoco se habían hecho hallazgos de sepulturas a 5.400 metros sobre el nivel del mar. Gracias a los rasgos del clima, el cuerpo se ha conservado en óptimas condiciones, dando la impresión al observador de encontrarse frente a un individuo dormido y que puede despertar en cualquier momento. Cuando se efectuó el hallazgo, éste era simplemente un cadáver congelado y su conservación se debía únicamente a su permanencia durante varios siglos en un ambiente cuya temperatura estaba bajo cero grado o muy cerca de ella.

El proceso de momificación empezó con el traslado del cuerpo a otras condiciones climáticas (...) a tres mil metros de altura, donde los descubridores lo tuvieron guardado durante cinco semanas, y más tarde en Santiago mismo. Pero de ningún modo se trata de una momia preparada artificialmente (como por ejemplo las egipcias) sino el producto de un proceso natural, llamado momificación en el sentido clínico”.



Eliana Durán la conoció en 1963, cuando Grete Mostny aún era jefa de la sección Antropología del museo: “Me acogió muy bien. Yo era estudiante de Historia y Geografía, y además había empezado a hacer cursos de Arqueología. Entré a trabajar a su departamento y aprendí mucho desde el comienzo. Ella era una maestra en el amplio sentido de la palabra. Especialmente en lo que se refería a conservación. La doctora nos enseñaba el arte de la museología no sólo con su testimonio, sino trayendo a especialistas de todo el mundo. La filosofía básica de un museo es estudiar una pieza, exhibirla y difundir el conocimiento adquirido. En eso la doctora Mostny era sencillamente sabia”.

Eliana Durán apenas la estaba conociendo cuando Grete enviudó de su primer marido, el hombre de negocios Fischel Wassner, que tenía una fábrica de sombreros y con quien no tuvo hijos: “A pesar de haber quedado viuda, recuerdo a la doctora como una mujer con mucha chispa. No era para nada alemanota. Tenía un humor especial, con finos toques de ironía, y socialmente era muy agradable”.

Cuando asumió la dirección del museo, en octubre de 1964, Grete Mostny mostró todas sus dotes de buena organizadora y no perdió de vista los detalles que hacen la diferencia entre una gestión preocupada y una gestión con visión de futuro.

Llegar a dirigir el Museo Nacional de Historia Natural fue la consecuencia lógica de una vida dedicada en cuerpo y alma a la arqueología y la museología. En ese momento debió sacrificar en parte su carrera como arqueóloga que iba a terreno, para entregarse a la tarea de conducir los destinos del museo más antiguo de Chile y uno de los más importantes del país.



Poco a poco se hizo sentir su influencia y sus buenos contactos con la comunidad internacional científica y museológica. El gobierno de Austria le entregó una condecoración de primera clase en 1967 por Méritos en Artes y Ciencias. En 1968, formó el Centro Nacional de Museología, pionero en América Latina. Por esos días también, creó las llamadas Juventudes Científicas, formadas por niños y niñas de 12 a 16 años y divididos en clubes de Mineralogía, Fauna Marina, Entomología, Astronomía y Acuarios, los cuales, más tarde, a contar de 1970, dieron origen a la Feria Científica Juvenil, donde estos estudiantes mostraban sus trabajos en las distintas disciplinas. Era su manera de acercar a los muchachos con vocación científica al museo y al conocimiento.

Uno de los alumnos que participó en esas Juventudes Científicas, Igor Parra, es hoy un destacado arqueólogo chileno radicado en Tarragona, España. Parra la recuerda con extraordinario cariño, como una mujer sabia y sencilla: “La Gringa, como le decíamos, transformó al Museo Nacional de Historia Natural en un referente internacional en museología y en un organismo de gran impacto sobre la sociedad santiaguina.

Era muy trabajadora, muy humana, tenía sus ideas muy claras y era difícil apartarla de un objetivo cuando se lo proponía como algo importante para el museo”.

Una vez, Igor Parra bajó junto a la doctora Mostny al lugar donde se guardaban los sarcófagos egipcios que tenía el museo: “Ahí recién me di cuenta de que Grete entendía todo lo que decían los jeroglíficos. Me impresionó mucho, porque ella no hacía alarde ni hablaba ex profeso de sus capacidades”.

De los años sesenta y comienzos de los setenta son sus dos libros más renombrados: Culturas precolombinas de Chile (Editorial del Pacífico) y Prehistoria de Chile (Editorial Universitaria).

La doctora no cejó en su idea de darle gran impulso al museo. Montó exposiciones para ciegos, habilitó salas didácticas para enseñar las riquezas naturales del país: el cobre, el carbón, el petróleo, la pesca. Recogió del extranjero la idea de las maletas científicas, con las cuales el Museo Nacional de Historia Natural viajaba por el país difundiendo el conocimiento en forma portátil.



Su idea de lo que era un museo moderno se nutrió de su destacada participación en todas las organizaciones internacionales, en especial el ICOM, Consejo Internacional de Museos, a donde viajaba como representante de los museos chilenos. “Ya ha sido superada la época de salas atestadas con vitrinas llenas hasta el tope con objetos que por su superabundancia no permiten distinguirlos. El museo moderno trata de crear ambientes de descanso y paz que faciliten la concentración del visitante en pocos objetos”.

Había que disponer de buenos guías, que explicaran a los visitantes el contenido de las vitrinas. Había que contar con científicos y artistas decoradores que presentaran los objetos del museo con contenido, gracia y belleza: “El resultado debe ser la visión del objeto real en su relación con otros o con el hombre, pues no existe ningún objeto y ningún ser aislado en el mundo: todos son integrados en unidades mayores y pueden ser comprendidos solamente en ese sentido”, escribió alguna vez la doctora Mostny.

El golpe militar de 1973 fue un momento difícil para Grete y para los museos chilenos en general. Aquel martes 11 de septiembre, ella llegó a trabajar como cualquier otro día en su Fiat 125 rojo, sin saber que se estaba consumando un golpe de Estado. No fue la única que llegó hasta el Museo. También lo hizo Nivaldo Bahamonde en su citroneta, y entre ambos fueron enterándose de lo que acontecía: los bandos por la radio, el bombardeo de La Moneda, el suicidio de Allende, el toque de queda. Un llamado telefónico de su madre la alertó sobre el horario definitivo del toque de queda, indicándole que tenía tiempo para volver a su casa.

El clima al interior del museo se puso áspero. Hubo numerosos despidos por razones políticas y los presupuestos para trabajar se redujeron notoriamente. Grete Mostny siguió adelante en su tarea, con gran vocación, a pesar de tener menos recursos y menos gente a su cargo. Nivaldo Bahamonde recuerda ese período con un dejo de tristeza: “Ella me apoyó siempre, a pesar de todos los problemas que tuve. Siempre me dio ánimo y confianza. Nunca me dejó botado. Era una mujer visionaria, asertiva y jugada”.



En 1977, como Presidenta del Comité Chileno de Museos, organizó en el Museo Nacional de Historia Natural las Primeras Jornadas Museológicas Chilenas, en las cuales se reunieron por primera vez los trabajadores de los distintos museos del país, tanto estatales como privados, a debatir. La doctora Mostny habló claro y golpeado: “Cualquier institución que aspira a ser útil y eficaz debe contar con personal preparado para los fines y propósitos de esa institución. Esto lo saben los dueños de industrias, de negocios y todas las personas para las cuales el producto de su actividad significa su supervivencia. Los únicos que no lo saben son los dueños de los museos”.

Ese mismo año, fue nombrada Miembro Honorario de la Sociedad Chilena de Arqueología. En su discurso de agradecimiento sentó las bases de lo que nunca debe dejar de ser la arqueología: “Sólo algunas pocas personas con visión tratan de reanudar lentamente las hebras rotas y restablecer nuestro equilibrio con la naturaleza. Cuando lo alcancemos, lograremos a través de los milenios pasados establecer un contacto espiritual y una verdadera comprensión del hombre prehistórico.

La Universidad de Viena me formó. La universidad de Bruselas me perfeccionó. La Universidad de Chile me acogió para transmitir a las nuevas generaciones lo que yo había recibido de las anteriores. Es éste para mí un momento de introspección, de gratitud y de humildad. Mi único mérito quizás es haber sido un eslabón más, que ha permitido que no se rompa la cadena del saber antropológico en Chile”. Hubo un aplauso vibrante.

Grete Mostny se acogió a jubilación y dejó la dirección del Museo Nacional de Historia Natural en 1982, después de más de cuarenta años dedicados en Chile a la arqueología, la museología y la educación. Se había casado en segundas nupcias con Juan Gómez Millas, brillante ex rector de la Universidad de Chile, y con él vivían en una casa arbolada en la comuna de Providencia.





El legado de la doctora Mostny nunca alcanzará a valorarse completamente. Entre sus últimos trabajos, quedó inconcluso un Diccionario Arqueológico Políglota, al cual se había consagrado por su gran manejo de varios idiomas y lenguas muertas.

Pocos días después de su muerte, en diciembre de 1991, tras un cáncer que la fulminó en poco tiempo, el Congreso Nacional en pleno la homenajeó con un minuto de silencio. Sin embargo, entre los que más y mejor la conocieron queda la sensación, hasta hoy, de que su testimonio y ejemplo de vida no ha sido debidamente aquilatado por un país que olvida fácilmente a sus mejores ciudadanos.

Esta pequeña biografía es un intento por reparar en parte esa deuda.

Francisco Mouat.